



Desanimados, decalidos, los fascistas son ya el último reducto para empujar al voto a los indecisos.

Crónica informal de una semana fascista

¡VAMOS A LA MONCLOA, CAMARADA!

FERNANDO GONZALEZ

Cansados de recorrer Madrid, un numeroso grupo de mozalbetes de Fuerza Joven (ellos, de cazadoras, camisa azul, correajes y botas de "reglamento"; ellas, de faldilla azul, camisa falangista y boina roja dejando asomar "meleñas de peluquería" y rostros estudiadamente maquillados) llegan a la Cibeles. Llevan banderas, insignias, pegatinas, haces de flechas y svásticas. Dos policías, dos grises, alzan el brazo al paso de los cachorros de fascista. Unos turistas —¿los últimos del largo verano español?— fotografían el con-

junto. Después se alejan todos hacia sus casas. Como una inmensa masa de españoles ajenos al acto, asistirán esa tarde al ritual televisivo: Nacha Guevara y una danzarina tunecina, fútbol, mucho fútbol, y los enredos de Claudio y su perversa abuela Livia. Por Madrid corretean en automóviles de gran potencia residuos de la manifestación, agitando banderas, apelando a un golpismo que no llega. Ese es el día 19-N, el dedicado a Franco. Ese es su día y ésa es su herencia, la indiferencia.

! Suárez, traidor, cantaste el "Cara al sol"!

Era ésta, sin discusión, la consigna más coreada, la de más éxito en la plaza de Oriente. La consigna, el sol —siempre favorable a las fuerzas "nacionales", ya se sabe— y los símbolos (banderas, pegatinas, escudos, brazaletes, boinas, estandartes, guanteletes negros), los tres efectos más positivos del 19-N. El recuerdo de Franco y José Antonio comienza a desvanecerse, a perder perfiles. Salvo el grito, ese sol que Blas Piñar llamó "limpio sol castellano, el sol de España", y salvo

toda la liturgia del simbolismo fascista, el resto ofrecía la innegable sensación de endebles, de ánimos enfriados. El famoso fervor patriótico se había consumido entre los que llegaban cansados del largo viaje en autobús.

Modulando con energía, Piñar aseguraba que Franco había elevado a los españoles a la categoría de semidioses. Tiene el tribuno franquista la oratoria cuidada con una innegable cadencia mussoliniana. Se abstuvo, no obstante, de mencionar al Ejército. José Antonio Girón es un rugido aleonado, bronco y monteraz.

"Estamos aquí —dijo— por unos recuerdos, unos muertos y unas conductas...". Pese a su condición de presidente de la Hermandad de Combatientes, no hizo la menor alusión a las Fuerzas Armadas. Sólo Jesús Evaristo Casariego, de la Comunión Tradicionalista, se atrevió a una veladísima alusión, aunque matizada por su historia personal. "Puedo también hablaros como excombatiente, como capitán de requetés, tres veces herido en nuestra Cruzada". Haciendo uso, más tarde, de su condición de catedrático de Historia, acometió Casarie-

go con una larga y prolija relación de las Constituciones españolas. Ya de salida tuvo un desfase de años: situó a la revolución francesa en 1781. A partir de ese punto, la ensalada de cifras creó el confusionismo en aquellos asistentes a la plaza capaces de discernir el tema. Fue, pese a todo, ahogado en aclamaciones.

En una tribunilla frontera al mítico balcón del palacio de Oriente no estaban, desde luego, todos los que "eran". Unos, como Raimundo Fernández-Cuesta, apenas podían evitar mostrar su erosión al paso del tiempo. "Luchamos y

lucharemos —decía con voz velada— contra el comunismo". Nada en la plaza parecía recordar que el "camarada" Raimundo, pese a su enconada pelea anticomunista, era accionista y ejecutivo de Prodeg, S. A., desde 1971, para negociar con la URSS. Incluso, al parecer, implicado en los pagos a los miembros del KBG. Ciertamente una cosa es la ideología —joseantoniana, eso sí— y otra, muy diferente, los negocios.

—¡Suárez, traidor, cantaste el "Cara al sol" —aullaban los cachorros de Fuerza Joven, correaje cruzado, bota militar, camisa mahón e insolente boina roja recostada sobre la oreja derecha, como los veteranos "parás" franceses.

Sin embargo, en la plaza de Oriente, con los Reyes españoles petrificados en las cornisas y marquesinas del palacio, no pasaba nada fuera de lo habitual. Algunos miles de ciudadanos pisoteando ariates y setos caprichosamente recortados, cientos de banderas y pancartas y gritos, muchos gritos. Daba la impresión de que finalizaba una difícil semana. Para algunos, acartonados en los viejos uniformes de divisionarios en Rusia, de legionarios, finalizaba algo más: una era.

Pero ordenemos los hechos.



Gutiérrez Mellado llega al arsenal de Cartagena. Varias versiones explican la "sublevación" militar.

Noviembre, 3, diecinueve horas cuarenta y cinco minutos

Con gran despliegue de banderas y solemne ritual, las jóvenes doncellas de Fuerza Nueva encabezaban una manifestación "contra el terrorismo y sus cómplices". El barrio de Salamanca de Madrid —"zona nacional"— recibe la presencia de cerca de doscientas mil personas que acompañan a Blas Piñar y otros líderes del fascismo y el franquismo residual. En la

manifestación marchan de paisano diversos jefes y oficiales del Ejército, algunos encabezando a sus familias. El buen tiempo, como es habitual, colabora con los manifestantes. Hay quien ha querido ver ahí, en esa "marcha sobre Madrid", el inicio de la campaña VOTA NO, que pudiera llevar implícita en sí el golpismo. Un levantamiento que está en el deseo de algunos. Dos diarios, *El Alcázar* y *El Imparcial*, actúan como inductores.

La manifestación sorprendió a los observadores. Pero posiblemente —y ésta es una de las hipótesis— no al Gobierno. El fascismo, cuando está controlado, vacuna y sirve de acicate a los votantes. El gran temor del Gobierno no debe ser, según esta teoría, el fascismo, sino la abstención producto del desencanto. A la realidad del fascismo amenazante se suma, con habilidad, la supermenaza del golpe militar que ha venido condicionando el proceso español. Desde la Moncloa se deja correr el rumor, el miedo, el entredicho. O al menos, no se desmiente.

Noviembre, 6, doce horas, veinte minutos

En la calle del Requeté Aragonés de Zaragoza, un nutrido grupo

de boinas rojas grita: "Blas, caudillo". En el recinto del Ibon hay un mitin caluroso. Blas Piñar habla de la "marcha verde", de la "marcha roja", de la traición. Es la retahíla acostumbrada. Sin embargo, hay algo diferente. Contesta públicamente al general Gutiérrez Mellado que en su rueda de prensa, dos días antes, había afirmado: "Maten a quien maten, el Ejército no se moverá". El presidente de Fuerza Nueva replicó: "El Ejército tiene como misión el defender a España y a los españo-

les y, además, ¿qué diría el señor ministro de Defensa si se atentera contra la vida del Rey o de los jefes de los tres Ejércitos? ¿Tampoco se movería el Ejército?". Erán unas interrogantes lanzadas en el calor del mitin aragonés, pero que tardarían días en tener respuesta.

Esa misma tarde, Blas Piñar remataba con una chicuelina su intervención: "Pido al Rey en nombre de todos los presentes el cese del teniente general Gutiérrez Mellado, que nos va a dejar sin defensa y sin Gobierno".

El Imparcial iniciaba una escalada de incitaciones y provocaciones que algunos han querido ver como una "permisividad" de la Moncloa. (Una versión es que uno de los informadores de Merlín, pseudónimo atribuido a Antonio D. Olano, es un alto jefe militar del servicio de información, adscrito a la Moncloa.) La carta del teniente coronel de la Guardia Civil Tejero, dirigida al Rey, es preproducida y comentada con frecuencia.

Noviembre, 16, nueve horas cuarenta y cinco minutos

Dos jóvenes disparan a quemarropa sobre Juan Francisco Matéu Cánoves, magistrado suplente de la sala sexta del Tribunal Supremo y antiguo presidente del Tribunal de Orden Público. Seis días antes ha habido una manifestación —pasada por la lluvia— organizada por partidos y centrales sindicales a los que Matéu Cánoves había anatematizado con rara frecuencia desde su cargo de controlador del Tribunal político. Los rumores sobre su muerte corren parejos con los de que los militares se están "preparando".

Desde el 14 de noviembre se abre camino una sospecha. Se habla de "un posible golpe militar", en tres fases. Algo muy parecido a lo de los coroneles griegos. Un grupo de jefes y algún general controlarían las Capitanías Generales. Algunos barajan nombres de los civiles que estarían dispuestos a formar con la Junta de Coroneles. Veinte mil detenidos, supresión de partidos, cese de parlamentarios y situación equívoca del Rey, que pudiera acabar como su cuñado Constantino en Atenas. En los comillos políticos el hecho es sopesado, desmenuzado. Mientras tanto, *El Imparcial* sigue a la carga. Edita suplementos especiales para publicar cartas de familiares de las víctimas de las Fuerzas de Orden Público.

La muerte de Matéu Cánoves eleva la tensión. Por el TOP, según algunas estadísticas, han pasado más de ciento veinte mil españoles. Matéu ha sido primero juez, desde la fundación del Tribu-

nal, en 1964, y posteriormente presidente, 1967-1976. Durante su presidencia, calculaba el diario *El País*, han sido procesadas cerca de sesenta mil personas. El vespertino *Informaciones* las cifraba en ochenta mil.

Noviembre, 17, doce horas cuarenta minutos

¡Arriba España! —gritan en las proximidades de la Iglesia de Santa Bárbara—. Se celebra el funeral por el magistrado muerto. El ministro de Justicia, Landelino Lavilla, y otras autoridades hacen acto de presencia con fuerte escolta y son abucheados. Están extendidos ya en la calle los "rumores militares". El día anterior había sido arrestado el teniente coronel Tejero, y el general Santamaría, de la Guardia Civil, regresaba urgentemente de Canarias. Era allí precisamente donde el capitán general Prada Canillas explicaba ante una bandera de la Legión en Fuerteventura: "Franco, el Caudillo, fue el primer caído de nosotros". Despidiéndose porque en breve pasa a la reserva, Prada Canillas afirmaba: "Soy un ultra de España".

El abogado Antonio Rato era golpeado por los manifestantes que cercaban Santa Bárbara. Villar Arregui, el único senador de izquierda Democrática, era protegido por la Policía de las iras de los manifestantes.

Aunque no hay estadística precisa, se supone que la lectura habitual y casi exclusiva de los militares españoles es *El Alcázar* y *El Imparcial*, así como el semanario *Fuerza Nueva*. Por eso se ha querido ver que los intentos golpistas tenían como vehículo para las consignas y referencias dichas publicaciones. En este sentido existen varias versiones, siendo la que ofrece el diario *El País* la más "oficial". Es la llamada *Operación Galaxia*, mediante la cual el teniente coronel Tejero, el capitán de la Policía Armada Instrillo y un coronel de Ingenieros visitan a la guarnición de El Goloso para proponerle una acción militar sobre Madrid (toma de la Moncloa), coincidiendo con el 19-N. Algunos otros conjurados se reúnen en la cafetería *Galaxia*, del barrio de Argüelles. Los servicios de información del Alto Estado Mayor habrían avisado, así como el coronel Quintero, antiguo jefe de Información, con Carrero Blanco, de las intenciones de este grupo militar.

Otras versiones apuntan a un enfrentamiento de servicios. Dando unos informes a *El País* y otros, que ya actúan, en *El Imparcial*. (A uno de los acusados por *El País*, el periodista mallorquín Juan Pla, se le supone vinculado a los servicios de información, es colaborador, a su vez, del semana-

¡VAMOS A LA MONCLOA, CAMARADA!

rio Late, de tendencia fascista y que se imprime en los mismos talleres que los del Boletín de la Policía.)

Noviembre, 17,
doce horas seis minutos

Traidor —dicen que respondió el general Atares, jefe de la Tercera Zona de la Guardia Civil—. Se dirigía al general Gutiérrez Mellado. Era una mañana soleada en el arsenal de Cartagena. Las críticas leídas por el capitán de Corbeta Casado, anta jefes y oficiales, a la Constitución —"divorciada, marxista, atea"— provocan el mal humor del ministro de Defensa. Con voz de mando, pone firmas a los presentes y explica que el que esté de acuerdo con el general Atares deberá abandonar la sala. Las crónicas sobre el suceso difieren, las hay que explican que fue largamente aplaudido por los presentes, las hay que insisten que los que aplaudían eran los suboficiales y algunos miembros de la marinería presentes (no hay que confundir ese aplauso con el que tributaron al general Atares cuando dio los gritos de rigor a Franco, España y el Ejército). Esa tarde se reunían en el Alto Estado Mayor la Junta de Jefes para analizar los posibles "casos de rebelión militar aislada".

¿Tenían relación el plan para copar la Moncloa y la protesta del general Atares en Cartagena? ¿Hay alguien más tras estos militares, como insinúa Pérez Varela? (otro columnista de El Imparcial en relación con los servicios de información). Otero Novas, uno de los políticos más desconocidos, ministro de la Presidencia, aseguraba en Salamanca: "No es posible un golpe de Estado, esto lo colocaría a España antes de un año en una revolución y no precisamente del signo que desearían quienes dieran el golpe, sino del contrario". La ingenuidad política, y no sólo la mítica de Casares Quiroga, no tiene límites.

Otras versiones hablan de que la réplica del general Atares —en arresto domiciliario en espera de proceso— habría sido la de "esplá", dirigida al general Gutiérrez Mellado, e iría en la línea apuntada por Rafael García Serrano, en El Alcázar, al destacar que el general Gutiérrez Mellado perteneció a la quinta columna, en Madrid, al Servicio de Información de la Falange y que había actuado —según el libro del fallecido David Jato, antiguo miembro del Servicio de Información de FET y de las JONS— con los alemanes en el París ocupado. Los izquierdas española, tanto comunistas como socialistas, han apoyado, incluso es-

timulado, al general Gutiérrez Mellado.

Noviembre, 18,
veinte horas cuarenta minutos

"Europa es ahora nuestra patria", aclaraba Blas Piñar en el Palacio de Congresos de Madrid. A su lado, Giorgio Almirante y Pino Ronvaldi, del MSI italiano, los

ca aseguraba: "Los militares no están desamadrados".

La tarde del jueves 16, después de que el diario El País —cada vez más identificado con la línea oficial— hubiese pedido en un editorial la reconversión de la Legión, habla en el ánimo de algunos oficiales la intención de llegar a la Moncloa, o al menos eso es lo que se ha querido hacer creer. El coronel del regimiento de Infante-



La muerte del magistrado Matéu repite, desde otro ángulo, toda la mecánica ritual de la matanza de Atocha.

neofascistas que se han incrustado en el mecanismo parlamentario romano. Pascual Gauchon, de Forces Nouvelles, de Francia; Daniel Gilson y Herman Geschler, del Front de la Jeunesse, de Bélgica (los herederos del rexismo, de Leon Degrelle, refugiado en España); Sixto de Borbón Parma y Carmen Franco, duquesa de Franco y marquesa de Villaverde.

Entre los cinco mil asistentes, numerosos rusos blancos, checos fascistas, croatas, polacos disidentes, chilenos, argentinos de la Triple A, portugueses de la PIDE. Es lo que ellos denominan "euro-dextra", generalmente conocida como eurofascismo. En el País Vasco continúan, por su propia dinámica, las huelgas por los sucesos de Mondragón. Enrique Múgi-

ría acorazada Alcázar de Toledo 81, Juan Mateos López de Vicuña, desmentía la versión de que los oficiales golpistas se hubiesen dirigido a él con ese propósito.

El Rey partía al discutido viaje a Méjico, Perú y Argentina. Velan algunos en ello la ocasión propicia, ya que evitarían a los militares rebeldes la obediencia al mando supremo. No habría figura a la que consultar.

Noviembre, 19, once horas cincuenta y cinco minutos

Entre la muchedumbre de la plaza de Oriente —menos de doscientas mil personas, según calculaban los informadores presentes— sobrevolaba una punta de desán-

mo. Cierto que algunos grupos paramilitares, en correcta formación, gritaban "¡Vamos a la Moncloa, camaradas!", pero ya no se esperaba nada del Ejército. El general Federico Gómez de Salazar, el de la "marcha verde" (de ahí el valor profético de Blas Piñar en Zaragoza), había llevado a cabo, según algunas versiones, el desmantelamiento de los golpistas con la aquiescencia de Gutiérrez Mellado y el Rey, que siguió telefónicamente la operación desde Méjico, mientras brindaba con López Portillo.

En los alrededores de la plaza de Oriente estaba, desde primeras horas de la mañana, establecida toda la industria motriz del fascismo. Furgonetas con recuerdos de Franco, estampas, medallas, svásticas, folletos, insignias, "banderitas" —como la que habían impuesto anónimamente sobre el cadáver del magistrado Matéu, en el salón de los Pasos Perdidos, en las Salas—, bolinas, gorros, montañeros tejidos en lana bicolor, camisetas legionarias, discos de De Raymond, himnos, literatura pronazi. Estaba el decorado preciso, incluyendo los vocadores de El Imparcial y El Alcázar, salvo el ánimo combatido. Pocos aplausos, incluso al vozarrón rasgado de José Antonio Girón. Al finalizar, el himno de la "siempre fiel Infantería", para analtecer espíritus; el "Oriamendi" —mientras desfilaba militarmente una "sección" de tradicionalistas con atuendo militar—; el de la Legión, coreado por algunos, y el "Cara al sol", que esa mañana caía generosamente sobre los jardines de Zabatiní.

Se murmuraba que estaban detenidos más de sesenta jefes y oficiales, algún general. Se quería que fuesen más para, al menos, no haber sido representados tan sólo por tres. No había quien dejaba de apuntar que era "una maniobra para desmontar a la Guardia Civil". El desánimo acompañaba a los manifestantes cuando no pudieron desfilar ante Capitanía General, en la calle Mayor. Todo estaba acordonado. Sólo el ghetto de la plaza de Oriente. Y el lunes, el 20-N, a Cuelgamuros, que allí se puede gritar a pulmón batiente contra los paredones gráficos de la sierra. Algunos miles insistieron: "¡Vamos a la Moncloa, camaradas!". Fueron disueltos. Nadie podrá saber, de momento, el verdadero riesgo corrido. ¿Fue un intento de levantamiento abortado y aún no se conoce a los verdaderos instigadores? ¿Fue una acción calculada, tolerada, para apoyar al referéndum? Tendrán que pasar meses o años, para que se conozcan las respuestas. La larga semana fascista había finalizado. ■